

LA LOCURA DEL DÍA

NO PRETENDO SABER EN QUÉ MUNDO VIVO. TAMPOCO ME jacto de ignorarlo. Me nutren algunas experiencias, no todas involuntarias. Ensayo una lealtad a ciertas ideas. Unas y otras dan forma a mi vida o, mejor, me deparan la ilusión de que ésta no se disuelve tan espontáneamente. Me cuesta trabajo pensar; me resulta penoso arrancarme del azoro perplejo que me mantiene suspendido en el estupor, dispuesto, cándido y crédulo, a dar razón a los interlocutores a medida que comparecen. No es extraño, entonces, que desconfie de las opiniones, y que atienda con mayor atención los reflejos en el cristal compartido. Así, me interesan más los errores universales que las verdades parciales y no dejo de discernir en ellos un mismo inescrutible, ciego, movimiento. Pero me cuesta trabajo pensar. A veces la tierra se me hace aire al primer impulso. Cuando me alejo demasiado, me demoro en volver a mí mismo. No me faltan las arengas para apremiarme. Lerdo y pardo, tardó en reaccionar para darme alcance. No siempre lo logro, y sólo con muchos esfuerzos —a veces inútiles— logro ponerme al día de mí mismo. Casi nada, nada he pasado en claro. Debo confesarlo: desde muy joven aprendí a temer el orden, las formas que se imponían al rojo vivo sobre la carne del alma despertaron mi desconfianza precoz. Durante muchos años contemplé aquellas cicatrices hasta imaginar en ellas un rostro y confundirlo con el mío. No fui la única víctima de esa confusión. Cuando el vaho de mi imagen se esfumaba en los espejos, me bastaba escuchar las voces que me apellidaban para recobrarla. Cierta día, al caminar bajo un cielo cuyas nubes cruzaban más velozes que aves, me sobresaltó una duda. Debo a ese tropiezo el primer pensamiento. El orden, ¿era la figura fraguada como una hélice en la punta del hierro, el rojo blanco maduro en las ascuas o la férrea mano firme empujando la impronta incandescente? Aquella pregunta me hizo caer al suelo. Un sismo derrumbaba los edificios construidos en mi interior; la ciudad se desplomaba en un parpadeo y sólo quedaba, invicta, la duda. Me las arreglé como pude para reconstruir los caminos rotos sin saber a ciencia cierta el sentido que habrían de seguir. Estas circunstancias acrecentaron un temor que pronto mudó de metal.

El miedo plomizo se había transmutado en una veta cristalina que permitía ver el centro de la tierra. Resultaba casi imposible caminar sobre ese suelo mirando bajo los pasos, como una estrella, el centro del mundo. Igual que el oleaje inconstante, la fijeza produce vértigo. Pero mantenerse de pie en el mismo sitio despertaba una náusea vegetal y sombría. Todo

a L.S.

esto me explicaba por qué los hombres se dejaban llevar como hojas secas por el viento de la opinión hasta hacerse polvo y confundirse con él. Yo, entre tanto, cerraba los ojos, sentía nostalgia. Abrigaba la esperanza de despertar o, más bien, de zozobrar insensiblemente en aquel estado donde las fantasías prosperaban como maleza y en la mente y las imágenes flotaban tenues como nubes en el azul. Tenía un consuelo. De vez en cuando, la fuerza del vértigo me obligaba a respirar. Al principio no me daba cuenta. Pasó tiempo antes de que advirtiera la familiaridad —no encuentro otra palabra— existente entre el aire y el pensamiento. No el viento ni la brisa; apenas un aliento lentísimo cautivo en la mente como una gota de agua atrapada en la roca de cristal. Gracias a la respiración, aprendí a conocer la luz. El aire discurría en mi interior; primero acentuaba su humedad minando las paredes, luego taladraba las galerías de la mente abriendo paso a un hilo que ensanchaba surcos hasta colmar grutas como lagos subterráneos. Al ganar la superficie, luego de aquellas excursiones, la luz del mundo me obnubilaba. Sólo después de cierta pausa, empezaba a distinguir algunos bultos en aquella oscuridad. El ruido me impedía respirar. Me obligaba a transformarme en un anfibio y a desarrollar agallas para darme algún resuello en sus aguas salinas. Yo, sin embargo, prefería el aire, aquella otra luz, helada e íntima, tan distinta de la tibia y turbia emanada del calor gregario. Estaba lejos de sentir espinas en las diferencias; la indiferencia se adhería a mi piel y la aliviaba como una costra terrosa que me abrigaba y me permitía adentrarme en pos del aire, seguir las vetas translúcidas donde el centro del mundo se dibujaba, roto, en líneas tornasol. A veces en las galerías contiguas, presentaba pasos. Tan pronto como accedía a la superficie escrutaba en el horizonte el árbol de sangre cuyas raíces me habían distraído. Aquellos árboles, al estremecer su follaje, deletreaban una canción semejante a la mía. No siempre era así. Muchas veces me engañé. Tal vez ahora mismo caigo en aquella seducción. No lo sé. No importa. No he dicho nada. El hilo de tinta se ha limitado a seguir las voces serenas de otra atención —¿la tuya?—. Se parecen tanto a las de un amigo. En algún momento, sentí que, por fin, estábamos reunidos los tres.

